

UNIVERSIDAD TEOLOGICA DEL CARIBE

RESUMEN DE CAPITULO

ESTE TRABAJO ES PRESANTADO A
ALEJANDRO SANTANA EN CUMPLIMIENTO DE
LOS REQUISITOS DEL CURSO EG 130
INTRODUCCION A LA FILOSOFIA

POR
JEAN APONTE

SAINT JUST, P. R.
AGOSTO 2025

Hablar de la Escuela de Alejandría es hablar de un punto de encuentro entre la fe, la filosofía y la cultura. Esta escuela, ubicada en la ciudad de Alejandría en Egipto, se convirtió desde los primeros siglos del cristianismo en un centro neurálgico donde confluyeron corrientes intelectuales judías, griegas y cristianas. Allí surgieron métodos de interpretación bíblica y marcos conceptuales que influyeron decisivamente en la teología de la Iglesia. Para entenderla no basta solo con hablar de sus personajes, como Clemente de Alejandría, Orígenes o Filón, sino también de las categorías intelectuales que la rodearon y las tensiones que le dieron forma.

Uno de los elementos centrales en Alejandría fue la interpretación alegórica de la Biblia. La alegoría permitía leer los textos no solamente de manera literal, sino también descubrir significados espirituales más profundos. Por ejemplo, el relato del Éxodo no solo se leía como la salida de Israel de Egipto, sino como símbolo de la liberación del alma del pecado y de su camino hacia Dios. Este enfoque fue heredado del pensamiento judío helenizado, especialmente de Filón de Alejandría, que había aplicado la filosofía platónica al Antiguo Testamento. Así, la alegoría se convirtió en la herramienta favorita de los maestros alejandrinos para armonizar la revelación con la razón griega.

Aquí entra en juego la filología, entendida como el estudio cuidadoso de las palabras, los textos y sus contextos. La Escuela de Alejandría no solo leía la Biblia en clave espiritual, sino que también desarrolló estudios filológicos para preservar y comentar los escritos. Este esfuerzo se enmarca en la gran tradición cultural de Alejandría, que desde la fundación de su biblioteca buscó compilar, comparar y analizar textos de distintas tradiciones. Gracias a esa inclinación filológica, la Biblia griega conocida como la Septuaginta encontró en Alejandría un terreno fértil para ser leída y usada ampliamente entre judíos y cristianos.

Pero la influencia de Alejandría no se limitó a lo religioso. También estuvo marcada por el proceso de helenización, es decir, la impregnación de la cultura griega en los pueblos

conquistados por Alejandro Magno. Los judíos alejandrinos, y posteriormente los cristianos, tuvieron que dialogar con un mundo donde la filosofía griega —con sus categorías de eternidad, alma, cosmos y virtud— dominaba. De hecho, conceptos como la “ley de la eternidad” reflejaban la influencia griega en pensar que hay principios inmutables que rigen el universo. En este ambiente, los alejandrinos buscaron presentar el cristianismo como la plenitud de esa sabiduría universal.

Ahora bien, no todo fue un movimiento armónico. El cristianismo también debió definirse frente a interpretaciones divergentes. Por ejemplo, la crítica posterior señaló cómo la teología bíblica, al pasar por Alejandría y su excesivo apego a la especulación, derivó en una “progresiva racionalización sin vida”, que en ocasiones desembocó en tendencias como el unitarismo doctrinal (negar la Trinidad) o en un mero formalismo ético que reducía la fe a normas de conducta. Este mismo peligro lo denunciaron corrientes como el pietismo en siglos posteriores: un llamado a regresar al corazón, a la experiencia viva de Dios y no quedarse en estructuras intelectuales o rituales vacíos.

La crítica racionalista, ya mucho más adelante en la modernidad, retomó ciertas semillas que habían germinado en Alejandría. Este enfoque veía los textos bíblicos con sospecha, intentando explicarlos desde la razón y la historia sin lugar para lo sobrenatural. Si bien la Escuela de Alejandría no negó lo divino, su tendencia a armonizar la Biblia con la filosofía abrió la puerta a que siglos más tarde surgieran lecturas que ponían más peso en la razón que en la fe.

En este contexto, algunos autores hablaban de la sacrosanta religión, es decir, el respeto casi absoluto que se debía a la tradición de la fe como institución. Pero Alejandría mostraba que esa “sacralidad” podía ser enriquecida o puesta en riesgo dependiendo de cómo se interpretara la Escritura. De hecho, movimientos posteriores como los antitrinitarios

reaccionaron contra las doctrinas que la Iglesia consideraba esenciales, apoyándose muchas veces en lecturas racionalizadas que buscaban despojar al cristianismo de su misterio.

La figura de los Ptolomeos también juega un papel de trasfondo en este escenario. Bajo su dinastía, Alejandría se convirtió en un crisol cultural. Fueron los Ptolomeos quienes promovieron la construcción de la Biblioteca de Alejandría y atraieron a sabios de todo el mundo conocido. Sin este ambiente cosmopolita, donde lo judío y lo griego podían encontrarse, difícilmente la Escuela de Alejandría habría tenido el peso que alcanzó.

En suma, la Escuela de Alejandría no puede entenderse solo como un centro de estudios bíblicos, sino como un espacio donde convergieron el pensamiento alegórico, el rigor filológico, la herencia helénica y las tensiones entre razón y fe. Sus aportes fueron decisivos: abrió caminos para comprender la Biblia de manera más profunda, pero también sembró dilemas que siglos después se manifestaron en el racionalismo, en movimientos antitrinitarios y en la necesidad de corrientes espirituales como el pietismo. Alejandría fue, en definitiva, un laboratorio de la fe cristiana en diálogo con la cultura, donde lo sagrado, lo filosófico y lo humano se entrelazaron en una búsqueda constante de la verdad.